

# El poeta que cuenta

El escritor Antonio Pereira reanuda la temporada de la Tertulia de los Martes



Antonio Pereira cuenta en su haber con varios premios prestigiosos pero se diría que valora sobre todas las cosas el aprecio que le profesan los degustadores de buena literatura y que le ha llevado a repetir en la Tertulia de los Martes. «El poeta no sólo canta, sino que cuenta, como en el Romancero, la cima de la poesía española», afirmó.

J. A. Gómez Municio. Segovia

Cuando entró en la habitación de su hotel en Segovia, descorrió las cortinas y se encontró con lo que él llama el realismo mágico, algo que se inventó mucho antes de que los narradores sudamericanos lo pusieran de moda en los años setenta, señala. «Ahí estaba la fachada del Ayuntamiento de una ciudad de provincias, la plaza Mayor, la catedral, el teatro... una estampa perfecta de una humosa ciudad intimista: eso es lo maravilloso cotidiano, la magia que puede surgir en cualquier parte cuando saben sacarla los ojos que miran» describió.

Y es que Pereira, nacido en Villafranca del Bierzo, querría ser un escritor nómada: porque el oficio de poeta o de cuentista requiere en su opinión vivir permanentemente en una fonda, «en un sitio donde no te pueda venir nadie molestándole con las persianas, con esa despreocupación que dan los hoteles y que le permiten dedicarte sólo a escribir y a leer», comenta, recordando a Julio Camba, que se pasó 15 años en un hotel de Madrid con una docena de libros «y escribió cientos de artículos inolvidables».

A pesar de recibir premios prestigiosos como el Fastenrath de la Real Academia de la Lengua por «El síndrome de Estocolmo», el Leopoldo Alas o el Torrente Ballester por «Las ciudades de Poniente», Antonio Pereira no es escritor de

multitudes ni de rimbombancias, sino más bien de minorías selectivas, es decir de círculos en los que se valora más lo estrictamente literario que eso que él llama el «escalafón comercial de la literatura».

Por eso no ha tenido hasta el momento ningún problema para publicar sus obras, que incluso han encontrado alojamientos tan prestigiosos como la mítica colección Austral de Espasa Calpe, donde vieron la luz sus *Cuentos para lectores cómplices*. «Me tocó el número 101, entre 'Cien años de soledad' de García Márquez y una novela de Baroja. No está mal como compañía», afirma como queriendo disculparse.

Pereira hizo una demostración práctica de sus afirmaciones: «Me siento heredero de una tradición oral y eso imagino que se nota en todas mis obras, por eso hasta cuando hago poesía me gusta contar historias, creo que es una afición que se ha afianzado con el tiempo»

### **Cima de la poesía**

De ahí que considere que el Romancero es la cima de la poesía española, porque en esos versos el poeta canta, pero también cuenta, «sin perder nunca un punto de vista poética». Por eso también a lo largo de la hora larga de Tertulia, además de leer alguno de sus cuentos y poemas, conversó con el público que casi llenaba la sala de lo divino y lo humano: las bondades de ese plato conocido como botillo, lo bonito que es Villafranca cuando se ve iluminado o el buen vino que se bebe en las bodegas de su pueblo, entre otros temas que azuzaron el interés y los instintos del auditorio. No en vano, afirmó: «mi corazón vive por encima de sus posibilidades, como esos señores de juventud que gastaban más de lo que tenían; mi corazón es pródigo, como cerezo enloquecido por el verano»

Este narrador y poeta, que afirma que a medida que pasan los años «se va volviendo uno más bueno» es uno de los pocos que repite visita en la Tertulia de los Martes, algo escasamente frecuente y que se debe al buen sabor de boca que dejó en los contertulios. En opinión de Ignacio Sanz, sus relatos «describen como nadie el desamparo de una capital de provincia en los años 50 y 60, y sabe utilizar la ternura como pocos escritores».

A pesar de la naturalidad con la que habló de su obra, varios de los libros de este «escritor erótico y diocesano» en definición que recordó el historiador Antonio Linage, se han traducido al francés y al noruego, e incluso circulan por ahí voluminosas tesis y tesinas sobre los entresijos de su trabajo. Aun así, o precisamente

por eso, consiguió hacer más llevadero ese momento especial que son, en su opinión, las tertulianas ocho de la tarde. «Es una hora bruja, mágica, difícil. Ramón Gómez de la Serna hablaba de las ocho de la tarde como un hiperespacio que Dios nos concede para que las tardes no sean tan sórdidas», señaló.